

Nicolás

En la muerte del Marqués de Móndejar

Al llegar a esta etapa de la vida, cuando nos invade la tristeza y la alarma porque comprobamos cómo aumenta la frecuencia con que los viejos amigos y los amigos viejos se van para siempre, nos queda el dolor de la ausencia, pero también la profunda impresión de su recuerdo.

Sentimos no haber aprovechado más el privilegio de su amistad y tratamos de compensar esa pesadumbre reflexionando sobre las lecciones que la relación con ellos dejó en nosotros, los buenos momentos vividos a su lado y las situaciones difíciles que compartimos..

Siempre tenemos que aprender de los demás y, sobre todo, de quienes supieron mantener una trayectoria ejemplar, de manera que no sólo nos transmitieron sentimientos de emulación, sino que nos ayudaron a conocernos mejor.

"Cada amigo que ganamos en la carrera de la vida, nos perfecciona mas aún que por lo que de él nos da, por lo que de nosotros mismos nos descubre", decía don Miguel de Unamuno

**SABINO
FERNÁNDEZ
CAMPO**

« Durante muchos años, yo he tenido la suerte de ser amigo y aprender de una persona excepcional: Nicolás Cotoner y Cotoner.»



Un verdadero amigo es a la vez un modelo, un consejero y un juez. De ahí la importancia de la amistad, que alguien ha definido como un amor que no necesita transmitirse por los sentidos y que deja en nosotros la huella de sus enseñanzas.

Bienaventurado es, en efecto, el que tiene recuerdos que pueden favorecer su espíritu.

Los plazos se acortan y el horizonte final está mas próximo. Pero precisamente por eso, debemos apresurarnos a extraer la utilidad de cuanto aprendimos de los que se han ido.

Durante muchos años, yo he tenido la suerte de ser amigo y aprender de una persona excepcional: Nicolás Cotoner y Cotoner.

Cuando la amistad se funde con ese compañerismo tan acendrado en el ámbito de la Milicia, alcanza un extraordinario grado de perfección, pues la disciplina se tiñe con especiales matices de respeto, de admiración y de cariño.

En este sentido, la satisfacción de haber estado a las órdenes del Marqués de Mondéjar, mezclada la obediencia con el afecto y la subordinación con la coincidencia de sentimientos y propósitos, proporciona el más grato de los resultados.

Si tuviera que definir a Nicolás con una sola palabra, elegiría la de "señor".

No ya por la Grandeza de España, los títulos de Nobleza y el Toisón de Oro que ostentaba con todo merecimiento, sino porque, como persona, estaba adornado de las más altas cualidades de bondad y de caballerosidad.

En la época difícil, que pudiéramos llamar de la improvisación, cuando era necesario realizar gestiones, afrontar problemas o marcar directrices para una Monarquía parlamentaria incipiente, las reflexiones, los consejos y la actividad del Marqués de Mondéjar, ejercida siempre con un respetuoso carácter paternal y sin ostentación alguna, marcó acertados rumbos e impuso serenidad, sosiego y sentido común a las conductas y a las decisiones que fue necesario adoptar.

Y, principalmente, con un talante sencillo y respetable, elemental y elevado al mismo tiempo.

Nicolás era la representación de la tolerancia, esa virtud que depende de otras virtudes y condiciones sin las cuales perdería su valor. Porque la

«Un verdadero amigo es a la vez un modelo, un consejero y un juez. De ahí la importancia de la amistad, que alguien ha definido como un amor que no necesita transmitirse por los sentidos y que deja en nosotros la huella de sus enseñanzas.»



tolerancia bien entendida no significa indiferencia hacia los demás, sino el reconocimiento de sus diferencias y de su derecho a ser diferentes.

Nicolás tenía un claro concepto de las categorías, de las ideas y de los comportamientos humanos, y se mostraba siempre respetuoso hacia quienes no pensaban como él. Estaba muy seguro de sí mismo, de sus convicciones, de sus creencias, de su amor a la familia y a España. Sólo quien asume con rigor su identidad, está en condiciones de aceptar como legítimo lo extraño y diferente.

Pero era también intolerante con lo intolerable, por mucha que fuera su comprensión de las debilidades de los hombres.

Militar valeroso en los momentos en que el valor se pone a prueba, obtuvo la preciada recompensa de la Medalla Militar individual y conservó siempre ese estilo que marcan la disciplina, el compañerismo y el sacrificio.

Su finura y su delicadeza exquisitas, se combinaban perfectamente con la naturalidad y hasta con esa fingida rusticidad y franqueza que tradicional y humorísticamente se atribuyen en las Fuerzas Armadas a los miembros de la gloriosa Arma de Caballería, a la que perteneció.

Con su carácter bondadoso, al que sabía incorporar en caso necesario una amable energía, jamás perdía el buen humor y, en ocasiones, una breve frase suya o un comentario casual, encerraban toda una sentencia filosófica.

Por su vida rica en experiencias, podía aconsejar lo mismo en los más serios aspectos de la política, de la ética o de la tradición institucional, que en el comportamiento práctico y normal de los agotadores viajes de Estado, de los actos protocolarios interminables o de las recepciones multitudinarias.

"Si te dan una copa, tómala; si te ofrecen un canapé, no lo rechaces; si encuentras un lavabo, utilízalo, y si estás cerca de una silla, siéntate", solía decir como fórmula inspirada por una evidente veteranía.

Su figura emanaba prestancia, respetabilidad y la mas alta representación.

No hace mucho tiempo, al corresponderme inaugurar un Congreso Internacional de Protocolo, tuve ocasión de referirme a un episodio que presencié y del que se deduce la necesidad de establecer excepciones a las normas generales sobre aquella materia. Y como

«Nicolás tenía un claro concepto de las categorías, de las ideas y de los comportamientos humanos, y se mostraba siempre respetuoso hacia quienes no pensaban como él. Estaba muy seguro de sí mismo, de sus convicciones, de sus creencias, de su amor a la familia y a España.»



Nicolás fue el protagonista de lo sucedido, me permito repetirlo ahora, en testimonio de su destacada personalidad.

Fue en un viaje oficial de SS. MM. los Reyes a un país africano, durante el que tuvo lugar la consabida cena de gala ofrecida a nuestros Soberanos. Nos sorprendió bastante que en la reducida mesa presidencial, situada como es lógico en un lugar preferente y en aquel caso sobre un estrado, a mas altura que las restantes, el protocolo nacional colocara tan sólo al Marqués de Mondéjar, junto a los respectivos Jefes de Estado. Porque, en cambio, el Ministro español de Asuntos Exteriores no estaba en aquella mesa, sino que fue relegado a un puesto muy secundario, mezclado entre el resto de los invitados. Y cuando hicimos la correspondiente observación por si pudiera corregirse la anomalía, el Jefe de Protocolo de aquel país nos dijo muy sinceramente:

— "Es que aquí estamos muy acostumbrados a recibir Ministros de toda clase, pero es la primera vez que tenemos entre nosotros a un Marqués".

Las cosas quedaron como estaban. Nuestro Ministro comprendió que el protocolo tiene a veces sus peculiaridades y sus excepciones. Y Nicolás merecía, sin duda, una consideración especial.

Son numerosos los recuerdos que conservo del largo período en que presté mis servicios a sus órdenes en la Casa de S. M. el Rey, como Secretario General. Después, cuando llegó el honroso y al mismo tiempo triste momento de sustituirle, todo fue fácil para mí al desempeñar tan importante misión: Bastaba sencillamente con intentar seguir el prolongado camino marcado, a través de múltiples y variadas visicitudes, por el Marqués de Mondéjar.

Nicolás se exigió siempre a sí mismo la más estricta fidelidad al deber. Y así, llevaba el cumplimiento de sus obligaciones hasta límites que en los últimos tiempos rayaban en el sacrificio.

Hay numerosos episodios que reflejan esta entrega de Nicolás; la forma en que sabía superar las fatigas y las incomodidades; el olvido de la vieja herida de guerra, que renovaba el dolor de su pierna con el esfuerzo y el cansancio; la fortaleza demostrada cuando su voluntad podía haberse visto vencida.

Formando parte del séquito de SS. MM., realizábamos una visita a Suecia, en unos momentos en que Nicolás sufría unas esporádicas faltas de riego, que le hacían perder momentáneamente el equilibrio. No quiso disculparse y quedarse en Madrid. Así, el día de

«Después, cuando llegó el honroso y al mismo tiempo triste momento de sustituirle, todo fue fácil para mí al desempeñar tan importante misión: Bastaba sencillamente con intentar seguir el prolongado camino marcado.»



la llegada oficial, después de la recepción, de los saludos y los actos solemnes, nos dirigimos, tras los Reyes, al palacio donde íbamos a alojarnos. Subíamos por una amplia escalera de piedra, flanqueada por lanceros con vistosos uniformes, que formaban una escolta de honor. El Marqués de Mondejar sufrió un leve mareo que le hizo dar con su cuerpo en tierra y golpearse la frente contra uno de los escalones. Se recuperó e incorporó enseguida, sangrando por una brecha que se hizo en la cabeza. Fue atendido por los servicios médicos, pero al poco tiempo, aparte de la herida, se le formó un gran hematoma que le bordeó de morado los ojos, proporcionándole un aspecto impresionante.

Aquella misma noche se celebraba el solemne banquete que ofrecían los Reyes de Suecia. Pues bien, Nicolás, con un simple esparadrapo y un maquillaje que le proporcionó María, su esposa, disimuló los moratones y se encontraba puntual en su puesto, inmovible, como si nada hubiera sucedido y esforzándose en el cumplimiento de su deber, con la representación que le correspondía, sin un desfallecimiento, sin una queja, sin que hubiera imaginado siquiera eludir su asistencia.

Nos pasamos la juventud con la preocupación de descubrir el camino por el que va a ir nuestra vida. Y la vejez, preocupándonos por el que va a venir nuestra muerte. Nicolás y yo compartíamos ya la última preocupación.

Es posible que lo acertado sea mirarla con naturalidad y sin temor. De esta manera, con valentía y con esperanza la veía Nicolás llegar, cuando los años se habían acumulado sobre una espalda que nunca encorvó. Al fin y al cabo, como decía Rabindranath Tagore en uno de sus "pájaros perdidos", "la muerte es de la vida, igual que el nacer; como el andar está lo mismo en alzar el pie que en volverlo a la tierra".

Esto pensaba Nicolás en los últimos días. Si le admiré por tantas cosas, he envidiado su fe en Dios, pero también su fe en las personas.

"Hemos de darnos prisa" —me decía— "o ya no tendré tiempo".

Poco antes de su fin, la última vez que hablamos, me transmitía su esperanza: "En cuanto esté un poco mejor, tenemos que reanudar nuestros almuerzos y charlar sobre muchas cosas. Esta vez me corresponde a mí invitarte":

No pudo ser. Mi querido Nicolás se fue debiéndome una comida.

Pero yo tengo hacia él una inmensa deuda por cuanto me enriqueció con su amistad, su ejemplo y su hombría de bien.

«Nos pasamos la juventud con la preocupación de descubrir el camino por el que va a ir nuestra vida. Y la vejez, preocupándonos por el que va a venir nuestra muerte. Nicolás y yo compartíamos ya la última preocupación. Es posible que lo acertado sea mirarla con naturalidad y sin temor. De esta manera, con valentía y con esperanza la veía Nicolás llegar, cuando los años se habían acumulado sobre una espalda que nunca

